

A N D R É S , A U S E N T E

No puedo imaginarme el paisaje que vives,
ni cómo saltarías la escalera de nubes apretadas,
ni qué brazos de viento poderoso,
de palmera en milagro con millares de dedos afilados
sosegaría tus pulsos.

Rotas ya las incógnitas,
deshecho el enigma inquietante,
puedes mirar a Dios con tus ojos de lluvia,
contarle quedamente tus tristezas
y cómo es en los hombres la esperanza de su misericordia.

Veinticinco años tienes en la aurora divina,
en el pasmo glorioso de tu alba.

Tus padres te acompañan en la fecha celeste.
Caliente está tu madre todavía del sudor de la tierra,
pero acudió, tenue, sufrida,
a tus bodas de plata con la eternidad.

¿Con qué palabras cantas?
¿Cómo es el verso que cruza tus mundos?
¿Qué músicas desnudan tus oídos?
¿Qué sentimientos llevas en el pecho?

Correr, correr, será uno de tus cielos.
Dios te lo mandará con ímpetu suave y complacido
de premio bien ganado.
Atrás los faros, las cimas y las torres,
bajo tus pies las aves.

Los ángeles, de un vuelo, suavizarán vertientes luminosas,
para que tú discurras impalpable,
pues todo serás luz, inconsumible, abierta,
en el gajo sin carne de la luz.

Así estamos unidos. Entre tus dedos llevas nuestro tiempo.
En nuestras frentes vas sin apagarte.
Tus hermanos sabemos cuan potente y erguida
es tu nueva existencia;
nos lo dice el amor y la fe
del callado y caliente palpitar del corazón.

Los astros serán tuyos,
podrás pisar sus cumbres y elegir un balcón
donde mirar, sereno, sonriente, desbordado en ternuras,
nuestro recuerdo vivo,
sin traiciones,
en este soplo ausente de veinticinco años.